

EL FERROL CÓMICO



REVISTA HUMORÍSTICA MENSUAL
Redacción y Administración: Castañar, 44

TIPOS REFINADOS



15
CÉNTIMOS.

A CRIADA

Velei tendes á Ramona,
frescacheira e farfantoná:
veu d' aldea pol-o vrau;
o sachar, dí, faille daño...
¡Non!.. pois ó cabo d' o raño
cábell' abondo na mau!

CRÓNICA

PROGRESOS DE FERROL

Pues, señor, el Ferrol progresa de una manera notabilísima. Cada día que pasa se inaugura un edificio nuevo. ¡Nada! que -- como dijo con sorna cierto amigo nuestro -- á la vuelta de cien años, no hay quién lo conozca.

Véase la muestra:

Tenemos -- de poco tiempo á esta parte -- un buen Teatro, ¡bueno! ¡muy bueno!... aunque le afea bastante el no haberse terminado la casa que inmediata á él iban á construir y cuyas obras redujéronse á la fachada: un Convento nuevecito, flamante, que se titula "de la enseñanza," título que le habrán aplicado, quizá, por la altura en que se levanta, pues la mujer que pasa por sus inmediaciones *enseña* á los de la Plaza del Callao, unas cosas!... Tenemos, también, una Plaza de toros que... para los toreros que á ella vienen, casi *es de más*; un Asilo de ancianos pobres, ó *torre de la atalaya*, como dieron en llamarle; una Plaza mercado próxima á inaugurarse, y muy bonita en verdad; y, en fin, otros edificios más, que embellecen la población y le dan tono.

Después, las obras que se están llevando á cabo por el Municipio: el desmonte de la calle de San Eugenio, que aun cuando ahora tiene á sus vecinos con el barro á la cintura, ya les gustará, cuando esté arreglada, ver su calle seguidita y llana como la palma de la mano; el arreglo de la alcantarilla del foso que tanto nos *perfumó* durante el verano; el otro desmonte de la calle de la Iglesia, que sirve hoy para despeñar á los que con una carga regular de tintillo entre pecho y espalda, se atrevan á transitar por aquellos parajes; y... además, un montón de proyectos que -- si no se quedan en proyectos -- pondrán á nuestro Ferrol á la altura de las principales poblaciones de la Nación.

¿El Ferro carril?... ¡Bah! ¿Para qué se quiere, teniendo un servicio de coches y vapores como el que tenemos?

¿La traida de aguas?... Tampoco es de absoluta necesidad, pues ya las aguadoras se encargan de suministrarlos, á domicilio, el agua pura y cristalina de la *Puradiña*. Y si las fuentes no dan agua durante el verano, todo es cuestión de hacer, como las hormigas, provisiones para el invierno.

Nada, nada; no hay duda: que el Ferrol progresa no puede negarse.

¡Si, hoy mismo, estamos mejor que queremos!

¡Si hasta nuestros hijos están ya libres de quintas!

Me parece que no hay muchos pueblos en España que disfruten este beneficio?...

Yo creo que ninguno.

Pero, no hay que alabarse de lo que aun no se posee, porque como *eso* se quedó así tan callado y la prensa no añade ni una *jota* más á lo dicho en un principio... ¡me escamo!

Mas, así y todo: aunque *eso* no llegase á ser un hecho y si sólo un sueño, no vacilo en asegurar que los ferrolanos marchamos en grande.

¡Nos ilumina la Luz del Progreso!...

Digo, nó; me entusiasmo demasiado: son luces de gas las que nos alumbran.

Pero ¡qué diablo! ¿no significan también -- aunque algo trasnochado -- un progreso?

Peor estaban nuestros antepasados, que gracias si tenían una que otra candileja de aceite en todo el pueblo. Conque ¡vean ustedes si progresamos!

LUIS DEL VALLE.

Á MI VECINA

(DIVA DE AFICIÓN)

Vecina, es usted preciosa,
linda, elegante, hechicera,
es graciosa,
y todo lo que se quiera.

Canta como un ruiseñor,
pero amiga yo le pido
de favor,
no me lastime el oído,
del que soy muy delicado,
con el *Ven, Ven*, que me tiene
fastidiado.

Que aunque llame, no le viene
ese ángel que usted espera,
y en cambio me dá una lata
de primera.

Porque, hablándole á usted en plata,
yo pensaba hacerla el oso;
pero el ardor me mitiga
lo horroroso,

de ese canto, cara amiga,
con que me obsequia á diario
y que no puedo sufrir,
pues ¡canario!

no me deja usted escribir,
y escribo para comer;
y pues si de escribir vivo,
ha de ver,

que hay suficiente motivo
para quejarse, vecina,
de esa maldita canción
que asesina,
mi ya pobre inspiración.

Yo estoy dispuesto á pagarle
porque no cante, querida,
ó á darle

todo lo que usted me pida,
pues es tan malo el efecto,
que me hace su melodía,
que *interfecto*,

aparezco el mejor día.

Conque, apreciable vecina,
sus dotes vaya á lucir
á la China,

que no quiero ya sufrir
esa voz que me estremece,
de lo que voy muy cansado,
pues parece

de sochantre constipado,

Y, en fin, para terminar,
ó cesa usted en su afición
de cantar,

ó en la próxima edición
del periódico, le juro
dedicarla una poesía,
que es seguro,

que le cuesta una sangría.

O calla, ó sufre el castigo.
Este es el principio fijo
de su amigo,
que besa sus pies,

TORRIJO.

PERICO UTRERA

I

Pedro Utrera, ó Perico, como familiarmente le llamábamos sus compañeros, era un muchachote alto y robusto; moreno, de grandes ojos negros y simpática figura.

Le conocí en el Hospital de Cañacao (Cavite) en Julio del 85, y era entonces cabo primero del Regimiento de Artillería Peninsular.

A mi entrada, como enfermo, en dicho Establecimiento, pues aun no he dicho que en aquellos tiempos también yo era militar, me señalaron la cama inmediata á la suya, y ya aquella noche tuvimos palique largo y tendido, como si fuésemos dos antiguos camaradas.

Al otro día nos tuteábamos.

Desde entonces, no hacía Perico una cosa sin consultarla antes conmigo, y yo no daba un paso siquiera sin tomarle parecer á Perico.

Eramos dos amigos inseparables.

¡Y era para quererle al bueno de Perico!

Con un corazón de oro y un gracejo, hablando, que encantaba (como buen andaluz, pues hay que advertir que había nacido en Jerez de la Frontera) se ganaba la amistad de cuantos le trataban.

Lo mismo servía «para un barrido que para un fregado;» en todo *picaba* un poco. Era algo pintor, algo poeta, algo músico... y todos estos *algos* formaban un todo agradabilísimo.

Aun me acuerdo del día de San José, que pasamos juntos en el hospital.

La sala en que nos hallábamos, tenía en uno de sus cuatro frentes, un altar con la imagen del Divino Patriarca, á quién había que rezar un rosario interminable todos los días, antes de la comida.

¡Figúrense ustedes! Rezar pensando en la tan ansiada hora de la comida... ¡si se haría largo el rezo!

¡Y qué no pasábamos allí *gazusa* los *picadores!*..

Pues bien; la víspera de San José, el bueno de Perico nos reunió á todos los *enfermos* de la sala, y con gran misterio nos dijo:

—Caballeros: hay que ganar la *convidada* para mañana.

—¿Cómo?—preguntamos todos á una.

—Haced lo que yo os mande... y lo sabreis.

Y no hubo más; todos pusimos manos á la obra y desde por la mañana que fue esto, hasta las ocho de la noche, no descansamos un momento, trabajando todos bajo su dirección.

Cuando á las ocho vinieron las dos *madres* de la sala, como de costumbre, á distribuirnos el caldo, se quedaron admiradas del bonito golpe de vista que presentaba ésta.

Con flores y papelitos de diversos colores, recortados caprichosamente, habíamos engalanado el altar, la lámpara central y hasta los porta-mosquiteros de las camas.

Bajo el retablo y orlado de sampaguitas, veíase un

gran farol de papel transparente, donde con letras negras sobre fondo rojo se leía la siguiente dedicatoria: «*Los enfermos de la Sala, á su amantísimo Patrono San José.*»

Tanto les agradó esto á las madres, que inmediatamente fueron en busca de la superiora y demás hermanas de la Orden, para mostrarles el fruto de nuestro trabajo del día.

Y... aquí te quiero escopeta, dijo Perico.

Nos formó en corro frente al bendito San José, colocándose él en el centro, con un rollo de papeles en la mano, á guisa de batuta, y ahí nos tienen ustedes dispuestos á cantar lo que á *sotto voce* habíamos estado ensayando toda la mañana.

Y ¡vamos! no habría otra cosa, pero lo que es uniformidad... en el vestir, ya lo creo que la había!

Todos, con nuestros gorros blancos de dormir, nuestro camisón *idem*, hasta los tobillos, y nuestros calzones de chino, presentábamos el gran cuadro.

Un bando de palominos, ni más ni menos. Pero continuo.

Apenas el muchacho que Perico había puesto en acecho para avisar la llegada de las madres, dió la voz de: —¡Compañeros, la reverendísima madre superiora! —rompimos á cantar todos á coro unas *berzas*... digo, unos versos que había improvisado el autor de la fiesta, aplicados á una música muy popular en el país.

La introducción era del tenor siguiente:

Patriarca amado,
San José divino,
dadnos unos dulces
y un poco de vino.

Del resto no me acuerdo ya; pero el caso fue que á las madres les agradó mucho la fiesta y se fueron satisfechísimas de nosotros.

¡Y todo, por el bueno de Perico!

Al siguiente día y apenas amaneció, nos trajeron á cada uno un par de confites, una copita de Jerez y un tabaco. Y al dárnoslo, recuerdo que nos decían las buenas de las madres:

—«San José, os oyó anoche, y hoy os dá lo que le pediais; esto es, los goces del cuerpo. Rezadle ahora mucho, en acción de gracias, y pedidle, sobre todo, la dicha eterna del alma.»

RICARDO POLLEBOF.

(Continuará).

SERENATA

A...

Deja que cante al sol, á las estrellas
y á la luna argentada....
Mas... no quiero cantar, pues todas ellas
no valen á tu lado casi nada.
Ya principio... ya templo la guitarra;
¿me quieres escuchar?...
Vale más que no toque. — ¡Qué tabarra!...
¡Si supiera tocar!
Tocaría... ¿qué demonio tocaría?;
un vals, ó cosa así,
por más que, por mi honor, preferiría
tocarte siempre á tí:
y así, toca que toca todo el día

REFLEXIONES, por Diéguez



Con esos milloncejos, había pa tomar.... tóo un serrallo de turcas!



¡Qué herejía! ¡No haberlos legado al Convento!



Si en mis tiempos hubieran dejado eso, no estaría yo ahora con esta pata de palo!



¡Pero si yo no quiero librar de quinto! ¡Si yo quiero ser General, para tocar la corneta! ¡Tararii!...

CAUSA DE LAS REFLEXIONES

¡Para los niños, todo! ¡Para nosotras, nada!... ¡Hasta en esto somos desgraciadas las mujeres!

LA CASITA PUESTA

¡Pobre Luis! ¡Con que tristeza se despidió de mí! Y con que pena me decía: — «Si yo tuviera dinero, te dejaría lo suficiente para ir viviendo durante el tiempo que tardes en encontrar acomodo; pero, chica, no hay un *calé*...»

¡Y qué iba á tener el pobrecillo, si después del gasto de esta noche escasamente le quedaría para el viaje!...

¡Qué bueno era! Casi, casi le iba tomando cariño... Y no es para menos... Tres años viviendo juntos... ¡Aunque *una* fuera de bronce!... Pero estoy diciendo tonterías... Cariño, cariño... ¿Por qué querer al que no me quiere á mí?... Si él me quisiera me hubiese llevado consigo... Pero ¡quién!... Allá se echará otra *amiga* y... «si te he visto no me acuerdo.»

¿Quién será la que me reemplace en su corazón?... Desearía conocerla... Y ¿para qué?... ¿Qué me debe importar ya Luis ni su nueva amante?... Olvidémosle y... á buscar pronto otro que le sustituya... otro *acomodo*, como él dijo.

La verdad es, que me queda mi *casita puesta*... pero bastantes veces me lo echó en cara esta noche... á fe de Rosa, que ya estaba cargante el hombre... á cada momento, siempre con la misma cantinela: — «Mira, chica, tú no ignoras que el militar tiene que ir á donde le mandan. Si el punto de mi nuevo destino faese más cerca, te llevaría conmigo; pero, amigita, es muy lejos y no hay dinero para tan largo viaje.»

Y luego añadía el final de siempre: — «Por más que aun cuando no te dejo dinero, te queda la *casita puesta* y siempre es un recuerdo mío.»

Y toda la noche así... ¡Vaya al diablo!... ¿Si quería llevarse también los muebles?...

Pero no debo tratarlo tan mal al pobrecillo, que al fin y al cabo tengo mucho que agradecerle...

Cuando le conocí, me hallaba, como quien dice, en medio del arroyo... durmiendo en la posada de la tía Inocencia, y pasándolo sabe Dios cómo... El bueno de Luis alquiló una casa para los dos; la amuebló bastante bien... ¡digo! como que me queda una cómoda, un entredós, un espejo, un sofá y... en fin, unos muebles que nunca soñé tenerlos. Después, con su paga de teniente fuimos viviendo... y aunque me daba muchos disgustos y el dinero sufría á veces unos descuentos enormes, no por eso debo quejarme, que las mujeres como yo estamos acostumbradas á eso y á mucho más...

Y luego ¡era tan zalamero!... Con sus caricias me hacía olvidar al panto los mayores desaires...

Hoy mismo, á las seis de la tarde, me dijo: — «Oye Rosita: vete á la fonda del «Leon de Oro» y encarga una cena para ocho personas. Quiero tener el gusto de que ceneis conmigo, por despedida, tú y mis amigos. Yo voy al café á invitarlos, y... si tardo un poco, chatita mía, no te muevas de allí, pues sabes tengo que arreglar aún el pasaporte.»

Y me fui tan placentera, por aquello de que me gusta que me llamen *chatita mía*, con mucho mimo. Encargué la cena... vinieron los amigos... y él sin llegar! Por fin, allá á las diez se presentó, y ¡qué caramba! como era la última noche no le reñí; y cenamos con mucha alegría: además, que hasta las doce—hora en que partió en el tren—no cesó de obsequiarme y de llamarme mil monerías... aun cuando la maldita «casita puesta» siempre salía á colación. Pero algo hay que dispensarle... y bien me vendrá ahora la hermosa cama que el me deja, para acostarme y pasar calentita el resto de

la noche, que ya el frío me va helando los pies.

¡Hay una tiradita bastante larga, desde la Estación á mi casa!... Pero, menos mal; ya estamos llegando á ella... esta es... Pediremos la llave á la del bajo, como de costumbre... ¡Uf, qué frío hace!... ¡Qué ganas tengo de meterme en cama!...

¡Señora María!... ¡señora María!...

—¿Quién llama?... ¡Ah! es usted Rosa?

—Sí, yo soy; hágame el favor de la llave, que estoy deseando acostarme.

—¿Qué llave?

—La de mi casa, señora, ¿qué llave va ser?

—Pero ¿no se mudó usted de aquí?

—¡Vamos! usted se levanta soñando, señora María. Déme la llave y no venga con tonterías.

—¿Si no tengo llave ninguna, señora!...

Escuche usted. Serían las nueve, cuando vino el señor, con dos mujeres de esas que compran muebles usados, y se llevaron todo cuanto había. Luego me dió la llave y el dinero, y me dijo: — «Señora María; déle usted un buen barrido á toda la casa, y llévele después la llave y la renta hasta hoy, á los amos.» — ¿Se mudan ustedes, señorito?—le pregunté; y él me contestó: — «Sí, señora: nos mudamos para una casa que se alquila amueblada y con todo lo necesario.»

Y no hubo más!... Yo lo hice tal cual el señorito me mandó... y ya los amos tienen en su poder la llave de la casa.

—¡Ay! infame, ladrón, mal hombre!... ¡Cómo se burló de mí!... ¡Por eso llego tan tarde á cenar!... ¡Por eso me repeña tantas veces lo de la casita puesta!...

RICARDO POLLEBOF.

AURORIÑA

(RELEMBROS DE CADES)

Á MIÑA BOA HIRMANA AMALIA

I

Moito tempo pasou: cuas' esquencino
aquele triste relembro d' unha nena...
d' unha nena ¡ay de mín! que n-os seus ollos
levoum' a y-alma presa,
com' o sol, en redor, e os seus folgores,
presas lev' as estrelas.

Dispensa si che conto tontarías
(qu' á Manoel quizais lle dén envexa)
relemand' amoríos que, de mozo,
eu tiven n-isa terra:
tristes desilusions d' as mocedades,
escëas pasaxeiras
que xa non volverán ¡vato á San Cosme!
pra mín... pró nin pra éla!

II

D' o mes de San Xoan era unha tarde
cando por ves primeira vin' á reixa,
antre ponlas d' albaca e d' alelises,
craveles e gardenias.

Eu pasaba con vareos amigolos
por ver si s' atopab' algunha festa,
y-o vel-a rapariga, quedei pampo...
¡ay, nunca Dios me dera!

Púxosem' unha cousa acó n-a gorxa,
gorda com' unha pera,

PEQUEÑECES, por L. Trajano



—De manera que...
—Sí, hombre, sí; que yo necesito una mujer que me
lave la ropa... y la cosa.

AS TROVADORAS, por Diéguez



Sempr' atopo pol-as romarías
 á Marica, co a sogra de Roque,
 y-ela díme con moitas porfías:
 —Ay, mociño! ¿Qué quer que lle toque?

e quedei sin falar, tembrando todo,
co-a miña boca seca;
traváronsem' os pes, e pol-os ollos
saleum' a y-alma enteira...
y-anqu' os olliños teño ben pequenos,
cando mirei pr' a nena
debian lumear com' os d' os lobos
qu' acó famentos andan pol a serra,
pois ela percatouse n-un instante,
surreuse agarimeira,
y-unha frol que n-o seo tiña posta
(creo qu' era camelia),
non sei si por descoid' ou por qué causa,
caéuselle na terra.

D' un brinco me prantei cabo d' a frol
y-erguéndoa d' o chan, con mau lixeira,
en menos tempo qu' en contalo tardo,
astrevido biqueina e dinll' a ela,

Púxose roiba com' unha rosiña
y o miral' a coor d' as suas meixelas,
non sóupen ¡abofé! por un momento
cal d' elas a frol era:

s' a camelia que tiña xa n o seo
ou á sua cariña feiticeira.

Deum' as grazas, mirándom' ¡ay! asina...
medio pechadas as pestanas negras
y-os ollos revirados pra o ceo,
o mesmo que unha ovella;
pro de maneira tal, tan tentadoira,
de fogaxe tañ chea,
que me fixo xemer, cal si n-o peito
me travas' unha néspora.

Contempreina un anaco, admirando
que Dios tanto bon dera,
sin poder nin falar una palábor
nin bafexar siquera;
mais ela me sacou d' aquel aperto
co-a sua vos melosa e salameira,
e logo que perdín a cortedade
púxenme de parol' ali co-ela.

Pro ¿ti vichel as aspas d' un muíño,
que cand' hay vento nunca s' están quedas,
y-o *traque traque tra* conqu' a retranca
deix'o millo caer baixo d' a pedra?...

Pois asín, sin parar, fala que fala,
á graciosa nena,
non me deixaba nin abril' os beizos!..
Enton, dixen: —¡Poñesflas!
cand' o ferrocarril chegu' a stación,
avísame pequena;
porqu' eu vexo que tí falal-o todo,
co-isa boca de coral e pelras,
e qu' eu teño que ter pechad' a miña
qu' anque non é bonita é falangueira,

Deixam' á min votar un carto á espadas,
e falemos a medias,
qu' o papel de comparsa, en namorios,
a mín non che me xeita.—

¡Quén tal dixo! Calou com' unha morta
e quedous' axexándome moy fera,
asín coma quen dí: —“¿Pra que t' arrimas,
se logo que che falo tes rabecha?”

Y-eu que' o vela doent' o comprendín,
dixen pra mín: —¡Releria!
seica pisei o risco co-a rapaza:
andiven moy de presa.—

E feit' a reflexión, funme chegando,
funme chegand' a ela,
e pidínlle perdón se n-aquel pronto
fora largo de léngua;
comecei a falarlle namorado,
e digoch' ¡abofellas!
qu' isto era o qu' a rapaza deseyaba,
pois.... ¡volveus' a tortela!
porque presto tornous' amorosiña
d' enfurruxada qu' antes se poñera.

Dempois seguimos ambos parolando,
antre risas e festas,
que s' antrada foi mala ¡vato á Xuncras!
o desquite foi logo unha milleira.

III

Dend' aquel día, cando a noit' escura
tendía o seu crespón, cabo d' a reixa
chegaba caladiño, asubiaba
e alí estaba xa ela,
que cal máxica hada aparecía
a oubil-a contraseña.

Alí atopab' amante a miñ' Aurora
(que tal seu nome era),
facend' asín de xeito inviers' a o ceo:
pois ó vil' as estrelas
saía miña nena namorada
y-alborear a aurora íbase éla.
Duas *auroras* camiñando en contra:
a d' a miñan e a nena.

IV

¡Ay, ay, meu Dios! O relembral' os tempos
en que tanto gocei por isas terras,
namoricando sempre donceliñas
(y-outras que non-o eran),
sinto no corpo rebulir' a sangue
como s' oxe poidera
o xenio namorado que Dios doume
pra andare tras d' elas,
arrincar de raís as brancas canas
que me brillan na testa,
ou borrar'm' os travesos pes de galo
d' enriba d' as meixelas.

D' a miña Aurora, d' as noitiñas craras,
que co-ela pasei ó pe d' a reixa,
nunca m' esquencerei, anqu' a cachola
se me cruba de neve branqueira;
anque, coma no monte torce o álbore
o embate d' a ventexa
torza tamén' ó meu corpiño canso
á vellés preguiceira.

¡Nón! nunca esquencerei o seu relembro,
pois creo que co-isto non se peca,
xa que fixen n-o peit' o Camposanto
d' o amor que lle tivera.

V

S' algún día tí pasas pol' a rua
a donde viven éla
(rua que xa esqencín, e pol-o tanto
non pergundes cál era),
e vel-a reixa orlada d' alélises,
craveles e gardenias,
non pases sin dicir: —“Aquí, chifrado
estivo meu hirmán por unha nena,..

VARIEDADES, por L. Trajano



—¿Cómo traes la cara pintada de encarnado?
--Porque dí un beso á mamá.

No, pues como me nombren al-
calde, le aseguro á ese *perro* del
boticario que se tié ca cordar!



¡Qué pillería! ¿No me han robado
el reloj en el teatro á donde fui á
vigilar los rateros?



Pues si no matan á Ravachol, yo
les aseguro que á estas horas...

sin llegarme á cansar,
 á tu lado eternamente me estaría
 aprendiendo á tocar.
 Ya después de aprender, te cantaré
 dulces trovas de amor,
 y la gente entusiasmada exclamará:
 ¡ahí canta un ruiseñor!...

Pero ya que á tocar me determino
 empezaré: ¡chitón!...
 ¿Qué instrumento manejo? El más divino
 por lo sentimental. ¡El violón!

F. LÓPEZ.

UN TIMO DE ULTRATUMBA

Nos hallamos en la capital de Cataluña: en la industrial Barcelona.

Las doce de la noche acaban de sonar en todos los relojes de la ciudad.

Mojados sus uniformes con la menuda lluvia que cae, caminan dos soldados de artillería, por una estrecha calleja de las que forman parte de la ciudad antigua; una calleja tortuosa, mal alumbrada y oliendo aun á los buenos tiempos de Vifredo *el Velloso*.

Dedúcese, por lo que van hablando ambos hijos de Marte, que son quintos destinados al Regimiento de Artillería Peninsular de Filipinas, y se hallan en Barcelona en espera del vapor-correo que ha de conducirlos á Manila.

¿Pero á donde diablos caminan, con una noche como esta, mojándose hasta los tuétanos?...

Silencio... escuchemos... Parece que cambian de conversación, y quizá lo sepamos muy pronto.

—¿Cuando yo te decía, amigo Blas, que equivocaste la calle y que no es este el camino para ir á casa de tus amiguitas de esta tarde!...

—Deja, hombre, deja! No te impacientes que pronto llegaremos. *No hay atajo sin trabajo*, querido Francisco; y cuando entre ellas te encuentres, te vencerás de que no soy tan torpe como me crees.

—Sí; pero es el caso, que esta calle no tiene trazas de terminarse nunca, y yo voy ya calado hasta los huesos con esta maldita lluvia que nos está cayendo encima.

—Calla, que ya te resarcirás de *daños y perjuicios* tan pronto lleguemos. Ya verás... ya verás. ¡Son tan guapas! ¡tan amables! ¡tan cariñosas!!....

De repente, un angustioso y prolongado gemido vino á herir los oídos de nuestros dos camaradas, que se quedaron parados en medio de la calle.

—Aquí fue;—dijo el llamado Francisco, señalando hacia una casa vieja y ruinososa que se hallaba á su derecha.

—Sí, sí... pero, escucha... ¿No oyes llorar á una mujer?

—Es verdad. ¿Qué habrá pasado ahí?

En efecto; á través de la entreabierta vidriera de un balcón de aquella desvencijada morada, salían unos sollozos tan llenos de angustia, tan saturados de dolor, que impresionaron tristemente á nuestros hombres.

No se atrevían á proseguir su camino, ni á hablarse una palabra.

Se habían quedado estáticos.

De pronto, las dos hojas de la vidrera se abrieron y apareció entre ellas una *visión fantástica*, una mujer vestida de blanco, cuyos bellísimos contornos se dibujaban sobre el fondo iluminado de la habitación, y cuya voz plañidera y llorosa hizo estremecer á los bisoños soldados.

—¡Suban, caballeros!—gimió la pobre mujer, agarrándose á los hierros del balcón:—háganme el favor de subir!

¡Ay!... mi pobrecita abuela!—exclamaba suspirando—que solita me dejas en el mundo!

¡Tan buena como eras, abuelita de mi alma!

¡Tanto como me querías!... ¿Qué va ser ahora de mí?... ¡De mí... que quedo sola y desamparada!

¡Suban, por Dios!—añadió luego, al ver que nuestros dos héroes estaban como aletados sin moverse del medio de la calle;—¡suban, que tengo miedo de quedar sola toda la noche con mi difunta abuelita!

Blas y Francisco se consultaron con la mirada.

—¡Vamos arriba!—dijo Francisco penetrando en el portal.

Blas, sin hablar una palabra, entró tras él.

Subieron á tientas por una rota y apollillada escalera que crugía bajo sus pies, encontrándose al final ante una puerta que se abrió instantáneamente, apareciendo en sus umbrales la mujer que á ellos les invitara.

Mujer he dicho y casi casi me equivoqué. Era una niña, cuyos contornos no habían adquirido aun del todo, esa turgencia, esa redondez de formas, que indican en una doncella el período álgido de la pubertad.

Una niña bellísima, con unos perfiles encantadores y una voz dulce y melancólica cual el delicioso murmullo de las cuerdas de un arpa que en la floresta hubiese hecho sonar la brisa de la tarde.

Estaba la infeliz casi desnuda, pues su misero traje componíalo tan sólo la camisa y una saya lisa de percal claro, prendas ambas que dejaban al descubierto parte de sus hechiceras formas, que con avarientas miradas devoraban nuestros dos hijos de Marte.

La hermosa niña, se apresuró á dejarles paso, penetrando enseguida en la fúnebre estancia que hacía las veces de capilla ardiente.

Ambos entraron tras ella, y se descubrieron con respeto.

Era la habitación en que se hallaban, una sala de forma rectangular, desmantelada y sin muebles de ninguna clase. Contigua á la sala había una alcoba en el mismo estado, es decir, sin cama ni mueble alguno y las paredes sucias y desconchadas.

En el centro de la sala y sobre un mugriento paño negro, elevábase un sencillo ataúd, y en él, pobremente amortajado, el rígido cadáver de una anciana sexagenaria.

En redor del ataúd, cuatro grandes candeleros sostenían otros tantos cirios de amarillenta cera, y á la cabecera, una cruz de metal despedía brillantes destellos al ser herida por la inquieta luz de los cirios.

El cuadro no podía ser más triste, ni denotar más pobreza.

FERMÍN CONSTELA.

(*Se terminará*).

UN MILAGRO

Era Lus, unha viuda

de moi bo' comportamento,
d' os probiños unha axuda,
de virtudes un portento.

N' unha moi cativa casa
d' unha parroquia vivía,
y- aunque de diñeiro escasa
as disgracias socorría.

Era capás, tal muller,
de non probar un bocado,
a pedirle que comer
calquer pobre disgraçado.

En fin, ela consolaba
a todol-os qu' eran vellos,
ós mozos arrecadaba
y-ós nenos daba consellos.

E xuro por esta crus,
qu' a parroquia en que vivía
lle quería tanto a Lus
com' á lus d' o mesmo día.

Mais agora deixarei
de tanto e tanto charlar,
y-un milagro contarei
qu' a todos ha d' estrañar.

Cando d' a igrexa saía,
unha noite, o señor cura,
veu qu' a porta un bulto había
envolto na sombra escura.

Movéuno c' o pe, o coitado,
e destonces comprendeu
qu' era de roupa un atado:
moi de presa o recolheu.

Desatouna con cautela,
e pasmado se quedou...
¡No médeo d' a roupa aquela
un neno vivo atopou!

E n-este trance apurado
sin sabel-o que faría,
de Lus hóubose lembrado
que d' alí preto vivía.

Y-o crego, sin outra axuda,
se dirixeu ó momento
a dárll' o neno á viuda
de tan bo comportamento.

Dimpois, ó seguinte día,
a parroquia toda en pleno:
— «O noso cura — dicía —
dis que dou a Lus un neno!»

GENARO MARINÑAS.

ARQUITECTURA HUMANA

Existen, sin disputa, entre los *edificios* y el cuerpo humano, ciertas *semblanzas* dignas de tener en cuenta.

Ante todo, bueno es recordar que toda *obra de arquitectura* consta de tres elementos principales: la *planta*, el *corte* y la *fachada*.

Pues bien: observad detenidamente á una persona, y vereis que los pies son las *plantas* ó *cimientos* del individuo. Suelen ser lijeros, cuando sostienen la *vienda* nada estable do se alberga el alma de una esbelta, graciosa y linda joven. Se presentan *sólidos*, *resistentes*, *pesados* y *voluminosos*, cuando sirven de

base á la corpulenta individualidad de alguno de nuestros aldeanos, calzado con grandes zuecos (ó zuecas: no distingo sexo) que á primera vista parecen sendos *lanchones* ó *faluchos* de pesca, ó bien originales *telescopios*, para hacer ver las estrellas con rabo, y todo el sistema planetario, al infeliz prójimo que sienta, no ya su presión, sino su contacto.

Pero dejemos la *planta baja*.

Así como por las *fachadas* se distinguen los edificios elegantes, de los faltos de *ornamentación*, así también por la *facha* ó *fachada* de una persona, juzgan equivocadamente muchos la analogía que existe entre ésta y su genialidad.

De este modo, la *cara de vinagre*, es como la *pared negra* y *carcomida* que, con sus innumerables *grietas*, amenaza aplastarnos á cada instante. De la misma manera que un semblante placentero, simpático y sonrosado, es cual linda mansión rodeada de todas las comodidades apetecibles, que brinda cariñoso albergue á sus moradores.

En cuanto á los negros ojos de una agraciada morena, se asemejan á las *lucernas*, que alumbran con su intenso fuego la *fea morada del barbudo sexo*. En cambio, los ojos de una rubia, son preciosas *o ntanas* de *azulados cristales*, que templan con su luz pura y tranquila todo nuestro ser. Sus párpados y pestañas, se asemejan á las *persianas*, *cornisas*, *vuelos* ó *guardapolos*, que coronan á aquéllas.

Fijémonos en la cabeza. Aquí tenemos ya el *techo* ó *tejado* del *edificio humano*; y precisamente le pasa á éste lo que á los viejos *caserones*; que las aguas y el tiempo — convertidos en años — le dejan sin una *teja*. Es decir, sin un pelo en la testa.

Por eso las hijas de Eva á fin de contrarrestar las inclemencias del tiempo, *blanquean* y *restauran* constantemente las *fachadas* de sus rostros, conservándose—por el exterior—*fragantes* y *relucientes*; sobre todo, cuando terminan su escabroso peinado en ridículo *sombbrero* ó *azotea con torreón* llena de fantástica vegetación, con flores de papel y alambre, producto del invernadero de la industrial callejera.

Y ya que andamos por tales alturas, examinemos el corte de la nariz del hombre fumador. ¿Qué vemos? Dos negras y sucias *chimeneas* que arrojan el humo aspirado por la boca.

No deja de haber también *edificios humanos*, con alguna *grieta*, más ó menos profunda, que exhalan ciertos olores pútridos, resultado de las *humedades del terreno*, ó bien alguna *abullonada pared* que transcurrido un determinado tiempo, se *restaura* y... queda en buen estado.

No cabe duda, que lo más alegre y gracioso de una *casa*, se halla instalado en el *piso principal*. Basta fijarse detenidamente en las *molduras* y *cornisas* que le adornan; aunque hay quien asegura que en ocasiones, hay *pisos* que carecen de todo *ornamento*, y que éstos suelen ser *húmedos*, y resbalizas sus escaleras, sobre todo en ciertas épocas del año.

Yo, sin embargo, prefiero el *piso principal* á cualquier otro, y sólo *habito* en el *bajo*... cuando la *escalera* es inaccesible.

S. G. NURED.

EN EL BAILE

—¿Por qué ocultas el bello semblante,

SOSADAS, por L. Trajano



—¿Y usted, cuando la cogió con el otro, qué le hizo?
 —¡Tal fue la ira que sentí, que cogí el bastón y... vine á contárselo á usted!

mujer adorada?
 —Porque aquí yo no busco un amante:
 soy mujer casada.
 —¿Y eso qué?... Pues de máscara y sola...
 ¡vas á divertirte!
 —No te importe; y junto á tu Lola,
 bien podías irte.
 —A mi esposa conoces, y aun temes
 mostrarme tu faz?
 —Es que quiero evitar que te quemes...
 déjame ya en paz.
 —¡Yo dejarte! Si crece mi empeño,
 mujer celestial!
 —O te largas ó el rostro te enseño;
 y vas quedar mal.
 —Si lo estoy deseando, cariño!...
 ¡alma de los dos!....
 —Aquí está; desengáñate, niño...
 —¡Mi suegra, gran Dios!

FERNANDO DIEZ.

CABOS SUELTOS

—¿Cuántos años, don Andrés,
 me echa usted?—preguntó Juana.
 —Pues... la echaba veintitrés,
 de muy buenísima gana.

—Por fin, del lance me salvo!..
 ¡aun se me eriza el cabello,
 de terror!..
 (¡Olvidos!.. Estaba calvo,

y así hablaba á Pérez Bello,
 don Melchor).

Correspondencia

J. M.—Coruña.—Subsanado el error del apellido.—Admitidas composiciones
K. Listo.—Ferrol.—¡Hombre, por Dios! Pudo usted haberla titulado con su pri-
 mera inicial repetida y enviarla luego... al carro de la campanilla.

F. L.—Coruña.—Va; pero hay que tomarlo con más fe. De usted puede espe-
 rarse algo mejor.

M. *Salchicha.*—Mugardos.—¡Conque salchicha! Pues, hombre, eso no tiene ni
 sal, ni chieha... ni limoná.

ANUNCIOS

FERROL CÓMICO

REVISTA HUMORÍSTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Ferrol. Semestre, 1 peseta.

Fuera. Id. 1'25 "

Número corriente: 15 céntimos.

Número atrasado: doble precio.

No se sirven las suscripciones; si al pedido no se
 acompaña su importe.

M. Iglesias, impresor: Sinforiano López, 168